

UN ASPECTO DE LA TEORIA ESTILISTICA

Tanto Vossler como Spitzer reconocen en la estilística un campo de investigaciones que se refieren a la lengua en su doble dimensión de individuo creador y obra idiomática. Vossler, por supuesto, se vuelve hacia el lado individual de la lengua, hacia su aspecto estético y espiritual y, fiel a Croce, hace consistir la recreación estilística en la investigación de la intuición personal que se concreta en actos de expresión. Spitzer, por el contrario, se dirige más inmediatamente a la obra idiomática y advertido de la constante relación de individuo y lengua como una relación normal, sitúa el campo de la estilística en el estudio de los desvíos del uso normal idiomático que, según él, corresponden a una excitación psíquica que se aparta de los hábitos normales. Pero tanto Vossler como Spitzer aplican el concepto de estilística preferentemente a la lengua literaria; no, como pudiera pensarse, por afán de omitir la lengua hablada de sus investigaciones sino por razones de método que interesan a la propia estilística¹. La lengua literaria, producto elaborado a base de la lengua hablada, ofrece cualidades de fijeza y en cierto modo de armonía que permiten al investigador — para seguir con el pensamiento de Spitzer — percibir más claramente y con mayor precisión las disonancias, los efectos que indican una alteración expresiva de la común línea melódica y acusar o registrar analíticamente las perturbaciones que se han producido en la psique individual; o bien presenta la suma, el conjunto de realizaciones expresivas cristalizadas en un grupo, en una comunidad (tradición lingüístico-cultural) que acoge y propaga — siempre del centro a la periferia — la

¹ Cf. *Positivismo e idealismo en la lingüística y El lenguaje como creación y evolución* (Madrid-Buenos Aires, 1929), págs. 24 y sigs., 92 y sigs., 179 y sigs. y *La interpretación estilística* en CARL VOSSLER, LEO SPITZER, HELMUT HATZFELD. *Introducción a la estilística romance* (Buenos Aires, 1942), págs. 91 y sigs.

creación individual y gracias a ello hace posible la interpretación de un estado de alma del que el individuo es causa y raíz o partícipe, pero partícipe activo, nunca meramente pasivo. Como se ve el principio del método estilístico sigue siendo válido lo mismo para la lengua literaria que para la lengua hablada: se trata, en una palabra, de hallar el núcleo individual, espiritual y estético, de los hechos de expresión idiomática y mostrar su eficacia y cumplimiento en el plano de la obra artísticamente elaborada o en el de la intercomunicación sin fines artísticos especiales. No hay de por medio más que una cuestión práctica. La lengua hablada, con características de movimiento y vacilación difíciles de determinar precisamente por no obedecer a esquemas o normas rigurosos, de una parte y de otra, ajena a determinados hábitos artísticos se presta en la realidad menos a la investigación metódica, a la sistematización y generalización estilísticas aunque, como es obvio, está más cerca de la fuente personal, de la creación individual viva.

Lengua e individuo no son, sin embargo, términos unívocos. Uno y otro aluden a realidades complejas y su interrelación es también una complejidad. La lengua puede significar (de hecho esto es lo que significa para la conciencia actual de los hablantes) un conjunto de hechos de expresión idiomática. Es la noción concreta de la lengua. Pero puede significar igualmente la facultad, innata al individuo, de producir articulaciones; entonces equivale al *lenguaje* del que, precisamente, F. de Saussure separa la lengua = *langue*². La lengua, en el segundo sentido apuntado, es pura facultad y se ve con cuánta razón O. Funke (*Zur Charakteristik des englischen Sprachsystem*)³ la califica de "ein grammatisches Abstraktum", un *Abstractum* gramatical. A su turno el individuo resulta un factor de extrema complicación. Después de habersele visto y haber primado como *homo logicus* se le ve ahora y domina como *homo affectivus*. Y estas dos faces de la concepción del individuo han tenido una representación capital e incuestionable en los estudios del lenguaje. Pero no es esto solamente. Debe señalarse que así como lengua e individuo, cada uno por sí, son asiento

² *Curso de lingüística general* (Buenos Aires, 1945), págs. 49-53.

³ *Wege und Ziele* (Bern, 1945), págs. 122-156.

de realidades complejas y su interrelación es también una complejidad, de igual manera la lengua (en su doble aspecto de *langue* y *parole*) y el individuo (también en su doble aspecto de *pensante* y *afectivo*) lo mismo que su interna relación (evitemos decir 'dependencia') constituyen un tejido de complejidad extraordinaria. Precisamente esta complejidad, esta serie de relaciones internamente trabadas, es la que ha escapado por mucho tiempo al análisis, mientras ese análisis se dirigía más que al fondo espiritual de los fenómenos lingüísticos a su apariencia externa, a los *hechos*, vistos y comprendidos mecánica y cuantitativamente. La estilística es, por eso, contrafigura de la investigación positiva. Y hay que agradecer a Ch. Bally que de esa complejidad existente entre lengua e individuo haya extraído el objeto de la estilística. Bally ha señalado para esta disciplina la exploración justamente de la zona afectiva del lenguaje, su lado no rigurosamente lógico y en un ensayo programático (*Dos concepciones de la estilística*)⁴ ha proyectado, guiado por la norma de lo afectivo, la investigación estilística a todos los sectores del lenguaje: fonología, vocabulario, sintaxis. Pero, por otra parte, dentro de la pareja de conceptos de Saussure, ha hecho girar el interés de la investigación en torno a la *parole* y no en torno a la *langue*. Y aún más: Bally, que no suele hurtar el cuerpo a la comparación lingüística, ve el *habla* en la lengua materna o, si se quiere, la lengua materna como lengua hablada. Aquí es donde la investigación estilística debe bucear⁵. La lengua, el sistema, tiene otro lugar en los estudios sistemáticos. Por eso, en cierto modo, Bally la rehusa. El maestro había establecido⁶ una lingüística de la lengua y una lingüística del habla; se estaría a punto de esperar en el discípulo una estilística de la lengua al lado de una estilística del habla; pero Bally, atento a la "reflexión interior" de "las relaciones existentes entre las formas del pensamiento y las de su expresión" juzga "toda consideración histórica" (diacronía) "fuera de lugar o, mejor dicho,

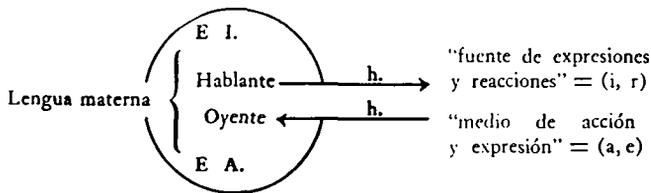
⁴ *El lenguaje y la vida* (Buenos Aires, 1941), págs. 85-119.

⁵ *Ibid.*, pág. 115 y *Traité de Stylistique française* (Heidelberg, 1921), pág. 20, § 22.

⁶ *Curso*, págs. 63-66.

imposible”⁷. El habla, símbolo de lo actual y presente en la conciencia del parlante (sincronía) es su meta. La fidelidad al maestro cede a la fidelidad de sí mismo.

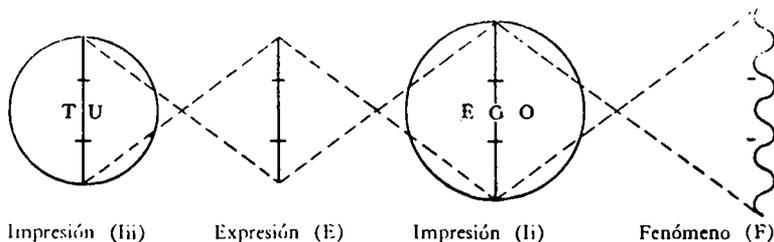
Por supuesto, en la estilística del habla Bally se concreta a una caracterización de los hechos de expresión (mejor, ‘tipos expresivos’) que opera directamente sobre reacciones, no siempre de índole idiomática, entre hablante y oyente. Basados en su trabajo sobre las concepciones de la estilística podríamos ver el papel del habla (*h*) en el siguiente diagrama en el que la lengua materna, representada por un círculo, envuelve al hablante y al oyente (que se mueven en una esfera [*I*] intelectual y [*A*] afectiva), pero que se resuelve por una parte en “medio de acción y expresión” = (*a, e*) y por otra en “fuente de impresiones y reacciones” = (*i, r*).



No obstante, la caracterización de los hechos de expresión no consiste simplemente en reacciones por decirlo así lineales entre hablante y oyente y *como si* hablante y oyente sólo obedecieran, en el desarrollo del habla, a movimientos de naturaleza lingüística exclusiva. Por lo pronto, sin salir del terreno exclusivo del habla, tendremos que atenernos no a reacciones lineales sino a reacciones cruzadas: *a, e* se cruzan con *i, r*. Pero para abarcar el campo entero del habla no basta sólo esto. Es preciso destacar un fenómeno o serie de fenómenos exteriores a hablante y oyente y que provocan o estimulan impresiones y expresiones, acciones y reacciones que ingresan a la conciencia y en ella se articulan unas con otras. En *Remarks on the*

⁷ *El lenguaje y la vida*, pág. 117.

*Idealistic Extensions of linguistic Science*⁸, W. J. Entwistle presenta un diagrama que recoge la existencia y el valor del fenómeno lo mismo que el entrecruzamiento de las reacciones que suscita en el hablante. El diagrama es este:



Como puede verse, el esquema concede la debida importancia al fenómeno en su relación con el hablante (Ego). Y esta relación es capital. Es que el hablante puede ser movido a expresarse por consideraciones extra-lingüísticas, por consideraciones que, hablando con rigor, no pertenecen al circuito hablante oyente (Bally), que no caen en él porque le son exteriores pero que, no obstante, provocan en uno o en otro o en ambos una descarga de expresión. Ahora bien, es necesario tener en cuenta que el mundo fenoménico (no pensemos en la acepción filosófica del término), es decir, el mundo que ofrece *φαινόμενα* al Ego está constituido por multitud de objetos llamados a producir impresiones, vale decir expresiones (“Speech — dice Entwistle — is dialogue, and monologue is only reflexive dialogue”) y acciones, por tanto reacciones. Sólo que, como se desprende del diagrama, el fenómeno no opera únicamente con relación al hablante (Ego) o mediante éste con relación al oyente (Tu). Debemos entonces aceptar otro fenómeno o serie de fenómenos (F’) que se interponen entre Ego y Tu. En Tu (oyente) este fenómeno (F’) puede no sólo perturbar la intención expresiva de Ego (los símbolos de contenido lógico o denotativos de valores afectivos) sino superponerse a ella originando nuevos símbolos, expresiones que con

⁸ En *Miscellanea Fabra* (Buenos Aires, 1943), págs. 132-142.

respecto a la de Ego son etimológicamente *circunstanciales*. De no existir esta serie F' la expresión de E coincidiría con la de T, salvo el proceso que en seguida se anota. Pero precisamente al factor F' se debe el hecho de que la impresión en el espíritu de T no corresponda exactamente a la expresión de E o a la impresión del fenómeno en E. Lo último aparece consignado ya en el citado trabajo de Entwistle. Pero el proceso a que hemos hecho referencia, también aludido por Entwistle, es el siguiente: que es posible descubrir ('detect', escribe nuestro autor) aspectos varios en el fenómeno (F) y que tal descubrimiento, añadimos, es llevado a cabo más que por el hablante (para este caso en cierto modo pasivo o cuando menos inactivo) por el oyente (en este caso eminentemente activo). Sea como se quiera, la serie de fenómenos (F') a que hemos venido haciendo alusión, su existencia y poder excitante constituye un factor que no puede excluirse cuando se está en el dominio del habla, precisamente porque — para volver a Spitzer — las perturbaciones (llámeselas si se quiere desajustes o incongruencias) que puede provocar son sintomáticas, reveladoras de una actitud igualmente individual y espiritual, de un determinado comportamiento de la psique humana, de una *respuesta*, frente a los hechos de expresión. Una objeción podría levantarse aquí, a saber: que si tales perturbaciones pertenecen sólo al oyente no caen, propiamente, en la esfera del habla. Recordaré una frase de Bally: "la argumentación es especiosa, pero escamotea un hecho brutal: la necesidad de hacerse comprender". El comprender, sí, es la verdadera realidad del habla; pero no olvidemos que el habla, proceso de comunicación, recoge lo mismo la actividad del hablante que la del oyente, lo mismo la impresión directa del fenómeno que la indirecta, lo mismo la acción ante él que la reacción, lo mismo la serie de fenómenos que el fenómeno o sus partes.

En *El individuo y la lengua*⁹ Vossler ha señalado cómo ciertas formas que se resisten al análisis gramatical estricto cobran pleno sentido al incorporarse en la investigación estilística. Es porque tales formas no pertenecen en rigor a la lengua.

⁹ En *Filosofía del lenguaje* (Madrid, 1941), págs. 165-217.

La lengua como tal nada tiene que hacer con ellas. Pero sí el individuo que o bien las incorpora a la lengua mediante una actitud motora (permutaciones) o bien las acoge extrayéndolas de ella mediante una actitud sensitiva (arcaísmos). Actitud y formas, una y otras decisivas. Destaquemos sin embargo la actitud frente a las formas: autonomía, sentido de afirmación por una parte, comportamiento receptivo, conducta más o menos pasiva por otra. Pero esta actitud cómo se cumple en el habla? El problema es complejo. Digamos por lo pronto que el habla no deja de registrarla y que justamente por esa especie de registro invisible torna a surgir *estilísticamente* en la lengua. En otras palabras, el individuo es el que recaba para sí su propio derecho y la expresión cumplida, efectuada, vuelve a levantarse ante el hablante como fenómeno. Así, con alguna modificación, regresamos otra vez al circuito del habla de Bally; pero con una evidencia más: que la lengua no es extraña al habla, la *langue* a la *parole*; que la lengua como sistema, enclavada en la diacronia, es entre muchos otros fenómenos uno de los que al individuo sirve, libre en la sincronia, para reaccionar en forma de 'tipo expresivo'; que la estilística del habla, confinada a la red de asociaciones lingüísticas que componen un estado de lengua lejos de volver a hallarse "prácticamente idéntica" en todos los demás hablantes¹⁰, difiere en cada uno de ellos, pues en el peor de los casos la *langue* sigue siendo para la conciencia actual de cada hablante un *φαινόμενον* que suscita todo género de reacciones al contacto de aquel con éste. Estas reacciones nadan como peces esquivos en la corriente del idioma materno y al investigador a veces sólo le es dado percibir su eterno girar y movimiento sin ver el impulso, el extraño fenómeno, que las ha originado.

FERNANDO ANTONIO MARTÍNEZ.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

¹⁰ *El lenguaje y la vida*, págs. 117-118.

II.

FILOGIA
E HISTORIA LITERARIA

